cobro, gracias á las enmarañadas calles desta ciudad. Y yo bolviendo fuera de mí al mismo puesto, intenté, subiendo por la escala, pues havia sido instrumento de mi agravio, lo fuesse también de mi vengança. Pero cuando quería poner en execucion mis desatinos, vi recogerla de dentro, y, alborotada la casa—devia de ser por haver sentido sus padres, tarde, su deshonra—de quien, por no ser testigo, sintiendo que salían en busca del delincuente me retiré reportando ímpetus, si lo pueden estar cuando los ingendran zelos impensados. Consideré que Lisida havia hecho como muger—pues las que no se mudan exceden de su natural,—y que para mi satisfación me sobrava el mal pago que tenía por cierto la havia de dar el ya olvidado amante, pues no havia ella de ser más dichosa que las demás burladas. Y con estos consuelos, por mejor dezir, desesperaciones, determiné sin daros parte (por escusar estorvos) ausentarme la misma noche. Mal hize, si zelos y desengaños en sus principios permiten desempeños de amistades. Pero, en fin, lo executé, recogiendo joyas y dineros y partiéndome á Vinaroz, donde estavan las galeras de Nápoles; porque no satisfecho de poner tierra en medio, quise poner también toda el agua del Mediterraneo para sepultar agravios en estos dos elementos. Pero como los zelos son desesperados, ni en la mar ni en la tierra hallaron sepultura, y assi se buelven en el mismo estado que cuando de aquí salieron.,,

—"Antes que passeis adelante (dixo don Garcia) quiero desengañaros de todas essas ilusiones, tan fundamentales en los accidentes y contrarias en la sustancia, averiguadas por mí con rigurosa información, no sólo en los ojos de Lisida, que han hecho compassiva costa á sus pesares, sino en el mismo don Baltasar, que viéndose más aborrecido estando vos ausente, confessó la verdad blasonando de haveros echado de Toledo, y satisfecho de que perdiéssedes lo que él no pudo gozar. El villete que os enseñó era para vos, haviéndole llevado á

sus manos un bolsillo de reales con que cohechó á la tercera; y sirviéndose de sus letras como de espías dobles, os hirió con vuestras mismas armas, que una espada mal aplicada muchas vezes daña á su propio dueño. En confirmación de lo cual, zeloso vuestro contrario, os le quitó de las manos hiriéndoos con él, para cuyo efecto os le enseñó. La escala que hallastes á la ventana y el hombre que baxó por ella, fué con diferente motivo del que sospechastes, como sabréis por la verdad del caso. Don Sebastián, hermano de Lisida, inconsiderado y moço, estava, como vos sabeis, tan perdido por una belleza de la Corte,—su desigual en calidad y hazienda y aun en reputación, si hemos de dar crédito á la fama, pues cuando sea mentirosa basta, en fin, ser fama para huir de su lengua,—que havia determinado de casarse con ella.

"Súpolo su padre, sacóle forçado de Madrid y trúxole á Toledo, donde, viéndole rebelde, mientras que persuasiones cuerdas resfriavan el entendimiento y la ausencia ímpetus ciegos de la voluntad, determinó tenerle encerrado en aquella sala, cuyo balcón tantos favores os hizo, como vos dezis, las noches que desde él os habló Lisida. Pero el arrojado moço, llevado más de sus desseos que de los de su padre, colgando una escala (de quien en impressas amorosas muchas vezes havia fiado sus entretenimientos) y descolgándose por ella al tiempo que vos llegávades, atropelló consideraciones y consejos y se partió á Madrid, donde, llegando la noche siguiente y queriendo reconocer ciertos emboçados á las puertas de su empleo, le hirieron tan mal, que por poco le costara su desobediencia la vida. En fin, convaleció de la herida y del alma, y casado á gusto de sus padres, vive quieto y contento, como Lisida, libre de los aprietos con que apressuravan su casamiento cuando os escrivió el mal entendido papel,—quitándoos este estorvo un dolor de costado que se llevó en cuatro dias al esposo intruso,—y entreteniéndolos con dilaciones artificiosas que han durado los años de vuestra ausencia, los ha per-

suadido, Lisida, que hasta que los seys se cumplan tiene hecho voto de no casarse. Don Baltasar huyó á Milán acosado de tres cédulas de casamiento que á un mismo tiempo presentaron al Vicario tres diferentes acreedoras de un solo matrimonio; porque veais cuán fácilmente se engañan los ojos y cómo castiga el tiempo á quien por malos medios dessasona voluntades.,,

—"¡Válgame Dios! dixo don Juan. ¡Y qué estraños son los sucessos desta vida! Notable cosa es que, siendo los casos contingentes de suyo tan disparatados, se eslabonen algunas vezes de modo que más parecen efetos de causas concertadas que accidentales y sin orden. ¿Quien no se persuadiera, viendo la correspondencia del papel y escala, que todos eran medios dispuestos para un fin, y que más distantes pudieran imaginarse? Sólo vos pudiérades acreditar cosa tan peregrina, cuya autoridad puede obligarme á dar la fee y en pago della los braços á vos, que por lo que yo sé, los estimais. Creo que los tendreis por las mejores albricias de tan dichosas nuevas. Vamos á pedir perdón á mi inocente constante de los agravios que en tantos días la han hecho mis imaginaciones. Disculpadme. Sed mi padrino, y bolved á concertar voluntades que ha tanto que andan descaminadas; que antes que vea á mis padres ha de quedar Lisida satisfecha, yo en su gracia, y vos con la gloria desta impressa.,,

—"Sossegaos (dixo don Garcia) que se os atropellan los contentos en la boca. Lisida es fuerça que se halle en las bodas de Irene y don Alexo, por ser tan su amiga, y cuando no lo fuera, porque la autoridad de los desposados se ha llevado tras sí todo lo principal y hermoso desta ciudad. Mirad vos como podrá faltar quien tiene tanto en lo uno y otro. Proseguid vuestros sucessos, que me tienen desseoso de saberlos lo que me promete tan larga ausencia y el ser vos quien en ella hizo los papeles principales, pues no es possible que dexe de contener sutiles puntos.,,

Iva á responderle don Juan y començar su discurso, cuando entrando una criada donde estavan le dió un papel junto con una carta abierta y le dixo:

—"Mi señora doña Serafina tiene en vos cifrada toda su esperança, y segura de que acudiréis á ella os aguarda á vos sólo por respuesta, si don Garcia no está para acompañaros.,,

Fuésse, y abriéndole vieron que dezia:

PAPEL

"De la que va con ésta conocereis, señor don Juan, cual estará quien espera en tan breve término ver su libertad en poder de quien aborrece tanto, cuando se contentava de ser, sino amada, agradecida de don Garcia. El contento de tenerle por vos presente, se me malogra con la ausencia que me amenaça, si vuestra discreta persuasión no convence la cuerda vegez de mi tío á que ponga el medio más necessario que de vuestro ingenio espero; que como estorve este casamiento, por riguroso que sea, se me hará fácil, para cuya execución os quedo aguardando, etc.

Doña Serafina.,,

Leyeron los dos, después del papel, la carta de don Luis, su hermano. Y porque admireys, amantes, lo que pueden pérdidas de lo que se possee aunque no se estime, don Garcia, que nunca amó á doña Serafina y tan essento estava su parecer de la jurisdición que en esta parte podian tener en él los zelos, luego que acabó de oir la última cláusula de la carta (entre tanto que don Juan, suspenso, rebolvia traças con que desahogar la afligida amante) considerando lo mucho que la devia, la impossibilidad de su primero empleo, la resistencia que en su favor hazia para no casarse, y que, en fin, forçándola

á ello la libre resolución de su hermano havia de embidiar en poder ageno lo que con tanto tiempo pudiera gozar en el propio, y, en fin, la prisa con que todos estos inconvenientes le amenaçavan, sin ser poderoso para más, dixo con amoroso sentimiento:

—"En fin, don Juan, amigo, ¿se casa Serafina y no es conmigo? En fin, don Juan, ¿pierdo á doña Serafina?,,

Palabras que á un mismo tiempo admiraron al generoso amigo y le abrieron camino para atajar el que tanto rehusava su dama. Y assi, aprovechándose de la buena ocasión en que hallava á don Garcia, si no determinado, por lo menos dispuesto á lo que deseava persuadille, le respondió:

—"Sí, amigo, Serafina se casa y no es con vos. Don Garcia pierde á doña Serafina, ella la libertad, vuestra nobleza el crédito y vuestro agradecimiento la opinión, Toledo su hermosura y la esperança que tenia librada en el tiempo de que havíades de dar un fin apacible á sus tormentos; y en fin, ¡quiera Dios que no le tenga por vuestra culpa tan lastimoso, como estas razones pronostican, la vida de vuestra inocente aborrecida! Todo esto se remedia con una sola acción y lustre. Ponderad la vida que le deveis, la firmeza con que os ha querido, el riesgo que corria por vos su honra, el peligro en que la puso su hermano, la pérdida de su madre, la determinación con que os salió al camino y que de todo esto sois vos solamente la causa sin querer ser el remedio. Vereis cuán obligadas halláis todas vuestras potencias y sentidos á la satisfación de tantas deudas. Examinad al entendimiento, cuyo objeto es la verdad, y vereis cuán convencido se halla con tantas como su firmeza os ha propuesto: la voluntad, con el bien que se os sigue de tan noble, rica y virtuosa consorte; la memoria, con tantas cartas de obligación en que os ha de executar podrá ser cuando sea impossible el pagarlas; los ojos, con su belleza; los oidos, con su discreción. Y discurriendo desta suerte por todos, vereis que no hay en vos cosa que no

esté adeudada. Ya Irene se casa, y intentar cosa que desdiga de su honra y vuestra nobleza ni á vos os passará por el pensamiento ni yo os lo consentiré. De dos acreedores que vuestra voluntad tenia, ya el uno os da carta de pago que es Irene sola. Queda Serafina, y yo por agente suyo. ¡Vive Dios, que si permitis en ocasión tan apretada que ella añada quexas de vuestra ingratitud á las passadas, que antes que á mis padres vea, ni á Lisida, que es alma de mi vida, he de ausentarme donde ni ellos ni vos tengais jamás noticia de amigo tan poco poderoso con quien tanto estima!

—"Basta, don Juan (replicó don Garcia) que á menos bueltas confessara el alma en el potro de la verdad la obligación que á Serafina tiene, y en vos, de nuevo, reconoce. Poderosa es la ocasión, eficaces los zelos, executiva la brevedad del término que tenemos. Vamos á ver á Serafina. Hablemos á su tío, y cumplamos, si es possible, de una vez con ella, con vos y conmigo.,,

—"De tan noble proceder, dixo lleno de alegría don Juan, no podia salir menos ilustre conclusión. De nuevo confirmo con estos braços nuestra amistad, en vos tan bien lograda.,,

Con esta resolución llegaron á la presencia de la temerosa amante, que de rodillas estava suplicando á su tío si no hallava otro remedio con que impidiesse el daño que esperava, escogiesse uno de dos: ó encerrarla en un Monasterio, último paradero de desengaños del mundo, ó dividiesse con la daga el cuerpo del alma tan infelice por estar en su compañia. Hablóla don Juan, dándola sucinta cuenta de la determinación de su amante, entretanto que él, contemplando en el lloroso rostro de su prenda (que parecia havia sacado de ostentación nueva hermosura, no sé si adivinando lo que entonces la importava) havia hecho gala de las lágrimas, que tal vez en un semblante hermoso no suelen ser el menos eficaz afeyte, y juzgándole por más bello que otras,—porque siempre parece más hermosa una cosa cuando se enagena. En

fin, acortando palabras y remitiéndose las lenguas á los ojos, Serafina, trasladada en un instante desde el infierno de la desesperación al cielo de su esperança, si no loca poco menos; don Juan, diligente; el benerable viejo, persuadido, y don Garcia enamorado, después de arbitrar diversos medios, se resolvieron en el más seguro, que fué desposarlos antes que llegassen don Luis y don Andrés, que havian de impedirlo.

Fueron, pues, todos tres á casa del Vicario del Arçobispo, el cual informado de la necessidad del caso y valor de los interessados, con libertad eclesiástica dispensó en que publicándose el dia siguiente que era de fiesta, los enamorados contrayentes pudiessen desposarse luego, con que dieron la buelta á la del prudente tio con el contento que por no agraviarle con avaros encarecimientos remito á quien ha leido las trabajosas y prolijas vísperas desta solene fiesta y sabe por experiencia en lo mucho que se estima lo que mucho cuesta.

Cenaron juntos. Y despedidos de la agradecida Serafina,—que como tan nueva en saber de gustos, y acostumbrada á pesares, casi los desconocía,—se fueron los dos amigos á casa de don Juan, donde sus padres reyteraron abraços y celebraron el hallazgo del perdido mayorazgo con no menos contento que el que acavo de referiros, embiando parabienes los coraçones á los ojos embueltos en lágrimas, que éstos con una misma moneda pagan plazeres y pesares: solo se diferencian en las marcas, porque las unas las acuña el regozijo y las otras el desconsuelo. Quedóse con don Juan, aquella noche, don Garcia,—avisando á sus padres no le esperassen,—y passaron la mayor parte della en apuntar sucessos que remitió el recienvenido para más espacio, no hartándose de belle los que sin saber en cerca de tres años dél le havian llorado por muerto.

En este estado estavan los amores antiguos de Serafina y nuevos de don Garcia cuando (bolviendo atrás algunas horas de las referidas) los satisfechos desposados que en Buenavista dexé acabando de comer, cumplida aquella natural obligación con magestad espléndida, havian ocupado los miradores y andamios que margenando el imperial rio davan nueva vida á sus cristales y admiración al artificio que los havia vestido de doseles y telas, donde las labores de los arquitectos gusanos, compitiendo con las de la sutil naturaleza, davan en qué entender á los ojos de los juezes, sin determinarse á quien cediessen la ventaja. Ocuparon los novios los prevenidos assientos, acompañados de toledanas hermosuras, aparadores del Amor, que arrogante de verse obedecido de tales vassallos se olvidava de sus passados triunfos, trasladando la Monarquia de Chipre, su patria, á la deleytosa ribera de la nuestra. Estaba en medio de los poblados miradores un sitial magestuoso y debaxo dél tres sillas de brocado, tribunal de los señalados juezes, que fueron: don Gerónimo, padre del desposado, digno por sus canas y prudencia de otra mayor judicatura; don Pedro y don Gomez, si no tan viejos á lo menos tan ilustres y cortesanos, eleccion cuerda de los naturales competidores. A la mano derecha, debaxo de otro dosel, los precios del torneo, tan ricos y curiosos, que animavan á los aventureros, si no con el interés de su materia con la delicadeza de su artificio, deseosos de mejorallos en la possessión de sus damas. Los que entravan en la fiesta, que eran de los más moços, más nobles, más hazendados y más amantes de Toledo, sin perdonar gastos ni diligencias, havían recogido cuantos barcos trillavan por todas aquellas veynte leguas el transparente campo del padre de los ríos, y armando sobre ellos las máquinas de sus ingeniosos pensamientos, havían hecho á mano un apacible soto de poblados álamos, tarayes, acebos y otros árboles silvestres, que entrando parte dél en las corrientes bastara para encubrir los apercibidos barcos, causando á un tiempo recreo y admiración su vista. No se acordavan haverle visto otra vez los cárdenos riscos—cárceles del Tajo—más favorecidos de sus co-

marcanos hijos, porque trasladada la ciudad á ellos y despoblados los vezinos lugares, representavan una ordenada confusión y apacible variedad que los coronava, siendo como anillo de diferentes esmaltes y sirviéndole de nudo y piedra el hermoso trono de las damas que acompañavan á los generosos novios.

Salió vestida Irene de tabí de plata y verdemar; Narcisa, de encarnado; Anarda, de pajiço; Isbella, de rosa seca; Lucinda, de turquí; Diana, de morado; Sirena, de flor de romero. Y la graciosa Lisida, descuydada del bien que le prevenia su firmeza y cuydadosa de quien juzgava tantas leguas distante y tenía tan cerca, salió de leonado con guarnición de verde obscuro y oro, señal de sus congoxas aliviadas de la esperança, que aunque confusa con tan larga ausencia, campeava con los quilates del oro de su fee. Dexo á la consideración de quien conoce la vizarria de Toledo, la diversidad de tocados, flores, lazos, cifras, medallas y laberintos de cabellos, por no perderme entre ellos, contentándome con dezir que la fiesta era de Irene y de don Alexo; las damas, de la cabeça de España y en número muchas, unas enamoradas y otras libres, procurando hazer los vestidos y tocados enigmas de sus passiones, expuestas á las varias interpretaciones de quien las explicava, según el estado de sus pensamientos, tales agradecidos, y tales agraviados. Pocos ojos havia ociosos y pocas almas que no se assomassen á ellos olvidando lo que esperavan por lo que veían; cuando despertándolos del entretenido éxtasis la música de la multitud de instrumentos que la barca del Mantenedor acompañavan, vieron en la mitad de la transparente tabla un formidable dragón, tan á lo vivo, que dió causa al alarido popular de la femenil naturaleza. Cubrían las escamosas alas de tal suerte los dos bordes, que no se vían seys remeros que debaxo dellas venían bogando, pareciendo los remos pies de la aparente sierpe. Servia de proa la cabeça, que, en siete repartida, retratava la Hidra fabulosa, vitorioso triunfo del Tebano; y la enroscada cola, que era la popa, dando espantosos latigaços açotava sin culpa las cristalinas ondas que en multiplicados círculos parece abrían las bocas para quexarse. Preguntar querían los juezes el nombre de su dueño, cuando, disparando por las siete bocas infinidad de llamas con desapacible aunque entretenido estrépito, se cubrió la región del ayre de varias figuras y peregrinas impressiones, ayudadas de las pardas nubes (que aquel día hizieron cortesano al Sol para que, ni abrasando con sus rayos ni impidiendo con su luz la de los fuegos, con más distinción hiziessen fiesta á los ojos), pareciendo abrasarse aquellos montes. Duró un buen espacio, con festiva inquietud de la plebeya gente que forçada de la solícita persecución de los cohetes desamparavan sus sitios; y ellos, ya retoçando pies y ya atreviéndose á las ropas, como alguaziles de la fiesta, parece que, diligentes, andando de ronda, buscavan en los circunstantes si traian armas prohibidas. Resolvi´se, en fin, en humo y llamas la máquina artificiosa, y desvanecida la confusa niebla bolvió á su possessión la claridad, quedando la barca desembaraçada, y en la proa, vestido de reales ropas, sobre una silla augusta, don Fernando, coronado de las dos diademas que hazen la Imperial, con un estoque desnudo en la mano diestra y en la otra un globo ó esfera, armas de nuestro Toledo, que por ser tan hijo suyo quiso representarlas en sí mismo; y los seys que bogavan antes encubiertos, ya patentes, vestidos de africanos, á los bordes, con las armas pintadas (en los remos) de las principales ciudades y villas que se incluyen en este Reyno, conquistadas por el valor de nuestros antepassados.

Admiró la invención y celebraron la voluntad que el Mantenedor tenia á su Patria recibiendo los juezes la letra que dezia:

Las armas me hazen feliz,
Letras y hermosura heredo;
Mas ¿qué mucho, si Toledo
En todo es la Emperatriz?

Estimaron la letra cuantos la oyeron por la parte que en ellos les cabía, y hizieron misterio del postrer verso viendo abreviado en él el nombre desta ciudad llamándola Emperatriz de todo, pues la síncopa de Toledo, quitándole la sílava de en medio, viene á ser *todo*, con tanta propiedad, como puedan verificar su[s] ingenios, religión, hermosura, nobleza, hazañas, riqueza, clima, aguas y frutos. Pues hásta su río produce oro, sus montes plata y sus fuentes jacintos. Siendo esto tanta verdad como muestra la experiencia, y yo tanto menos apassionado en su alabança, cuanto no siendo natural ni vezino della, devo ser tenido más fidedigno.

Recreándose estavan los ojos en la viçarra ostentación de la Mantenedora varca, cuando los apartó della la novedad de la primera aventura, que fué una ánade hermosa, tan grande, que ocupava toda la capacidad de la navegadora máquina. Venia cubierta de tantas plumas, que imaginaran ser selva si no los engañara la forma verisimil que traia de ave, y tan blancas, que los persuadiera á que era monte de nieve si lo permitiera el tiempo caluroso — tan fuera de propósito para tal imaginación. Traia dos remos con apariencia de pies, proporcionados en todo á su cuerpo, sirviendo la proa de cabeça y la popa de cola, que haziendo oficio de timón recreava á cuantos la vían dando hipérboles á sus alabanças. Y para divertirlas salió nadando de improviso, desde lo más profundo del diáfano raudal, un gallardo mancebo que abraçándose á su cuello y recevido con amorosas muestras por la agradecida ave, al són de arpas y bigüelas que se oían sin ser vistas, debaxo de sus alas, no halló hospedage mejor que el de su coraçón. Y assí, abriendo el capaz pico, le admitió dentro, bolviendo á salir en tiempo breve sobre las rizadas plumas de la nevada espalda don Suero, vestido de raso blanco guarnecido de oro — á fuer de marinero, — terciada la lança y embraçada la targeta, dando con gallardo brío la letra á los juezes, que leída en alto dezia:

[H]oy por vos, Anade, el río
Passa á nado mi fee bonrada.
Por vos nada, y sin vos ¡nada!

Agradecida fué de los entendidos la agudeza del mote conociendo quién era la dama á quien servia el dueño dél y la correspondencia con que era pagado, ponderando el ver incluído en el verso primero su nombre y sobrenombre con tanto artificio, puesto que huvo escrupulosos que dixeron ser falta reprovada en las empresas (cuya alma es la letra) el aprovecharse ó jugar el vocablo en ellas; pero perdonósele por ser bien traído. Entretanto, pues, que unos la celebravan y otros la mordían, se havia el Mantenedor ocultamente mudado la[s] Imperiales ropas, saliendo vestido de otras más ligeras y á propósito para el marítimo entretenimiento. Y presentándose su contrario á los juezes en quien se depositó una firmeza de diamantes, hecha la señal por los militares instrumentos, se encontraron por las proas con tanta destreza y igualdad, que guardando para el segundo acometimiento la dicha, neutral del primero, codicioso demasiado el aventurero de emplear bien el golpe, dió consigo en el río, con mejor suerte del Mantenedor, que antes que el competidor cayesse quebró en su targeta la lança y ganó el premio que presentó á Diana con embidia de Isbella, que le amava en secreto y quisiera ver logrados en público sus merecimientos. Bolvió segunda vez nadando á su simbólica Anade don Suero, assegurando los temores que la caída y peligro del claro piélago causava á quien sabía cuán riguroso castigava semejantes atrevimientos, de que no temían los diestros torneadores, como experimentados desde niños á tomarse á braços con su[s] coléricas corrientes.

Llegó en esto, á boga arrancada, una galera de ocho remos por banda—por no dar más lugar la limitada capacidad de un barco luengo,—fundamento de su armaçón, dorada la palamenta, y, los que la jugavan, en figu-

ra de mercaderes de todas naciones. Alas con que buela el Interés, de quien tomava la galera su apellido, llevavan todos los remos escrita esta letra:

Contra el viento.

Todas las jarcias y máquina de cuerdas parecían hechas de cavestrillos, bandas, cadenas, apretadores, cinturas, gargantillas y orejeras de oro, que, aunque falso, y las piedras y aljófar de que estaban sembradas eran de vidrio, engañaron la perspectiva de los que la miravan, que juzgaron su materia del metal monarca, diamantes, esmeraldas, rubíes y balajes finos, á que dava color el caudaloso mayorazgo de su dueño igual á su liberalidad. Estava esta letra en mitad de las escalas enmarañadas que subían á la gabia:

Por aquí.

Tenia el espolón, al parecer, de oro maziço; con que rompiendo las toledanas ondas parece que se dexavan atropellar voluntariamente sobornadas de su vencedora riqueza, y llevava con letras azules, que ocupavan toda su longitud, aqueste mote:

Por si acaso.

El árbol mayor era una natural semejança del que desfrutó Hércules, adurmiendo á la vigilante guarda de las tres hespéridas hermanas celebradas de Séneca, Lucrecio y Diodoro. Iva la vela tendida de la entena—de raso blanco, bordada toda de doblones, escudos, reales y todas suertes de monedas mayores,—con este mote:

No con viento, mas con éstos.

De la misma suerte y con la misma empressa llevava

la mesana. Era la gabia, en la apariencia, de coral y en la forma, de corona, escrito alrededor:

Para aquel que diere más.

Sobre ella estava el Amor vestido ricamente (que aquí apeló del voto de pobreza que tantos siglos professó), alargándole la vista unos antojos que, siendo del mismo metal hasta las lunas, tenian escrito:

Sin menguante por ser de oro.

Y alrededor de los cercos:

Ciego al pobre, lince al rico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En lo último del masteleo estava enarbolada una bandera tan cumplida que besava con las dos puntas el agua. Era de tafetán turquí y estavan en ella pintados los zelos en figura de un mastín ladrando á un amante que echándole pedaços de oro para acallalle y recibiéndolos en la boca, parece que se atragantava con ellos. Estava en todos escrita esta letra:

Zaraças para los zelos.

Infinitas flámulas y gallardetes colgavan por todas las jarcias, árboles, filaretes y bordes de varias y luzidas colores; pero en todas ellas estava pintada la pobreza desnuda y afligida, con esta letra:

Porque la açoten los vientos.

El castillo de popa, si no en la verdad, á lo menos en la ostentación, era de cristal, nácar, oro y plata. Assentado en una silla de lo mismo, un Enano, tan feo y asque-

rosso, que á buscar en quien transformarse el que se atrevió á assombrar al penitente Patriarca de los destierros, no sé si le pudiera hallar más á propósito, estava desnudo; y la Hermosura—representada elegantemente por un muchacho de á treze á catorze años, vestido de muger, dando de mano, con menosprecio desdeñoso, á Adonis, Píramo y Absalón, que, postrados, la encarecían su amor,—con una mano tenía assidas las joyas y cadenas que del monstruoso Enano adornavan cuello y pecho, y con la otra, hincada de rodillas, le incensava con un turíbulo de oro lleno de aromáticas pastillas. Con esta arrogante representación llegó la galera á la presencia de los juezes y damas, y en ella don Lorenço, vestido espléndidamente, dándoles esta letra y en ella risa á los cavalleros y colores vergonçosos á las damas:

En aqueste siglo de oro,
El más feo es más galán
Siendo del Tribu de Dan.

Ya se prevenía el Mantenedor para vengar las injuriadas hermosuras que al maldiciente aventurero cualquier mal sucesso deseavan, cuando se presentaron otros dos, que fueron don Nuño y don Vela; aquél, convertida su barca en un huerto que pudiera contarse entre los poéticos de Alcinoo, tan decantados de Juvenal, y competir con los Pensiles de Adonis, invención de Semíramis y recreación de Ciro. Venian los árboles colmados de fruto los unos, y los otros de flores de todas suertes; que puesto que eran de cera sutilmente labrada engañavan eficazmente el apetito. Infinitos pajarillos, huéspedes apazibles de aquellos deleytosos Cigarrales, atados con sutileza por sus ramos, ó se quexavan cantando por verse presos, ó celebravan con natural música la fiesta. En la mitad de la esmaltada huerta andava una noria guiando sus bueltas la Paciencia, y á un lado della, junto á la canal donde se desocupavan los arcaduzes, el bien

empleado y mal correspondido don Nuño, señalando en la circunferencia de la rueda esta letra:

Buscan sin seso los engaños mios
Pena en los llenos, gusto en los vacíos.

Detuvo su curso enfrente de los juezes y damas, disparando de improviso por todas partes los árboles diversidad de flores, rosas y yervas aromáticas á bueltas de inumerable multitud de abecillas, cubriendo unas los vientos, y otras las faldas, manos y cabellos del hermoso concurso, y causando apazibles sustos y alborotos la regozijada turbación que sossegada con la seguridad del festivo combate paró en risa y en leer la letra que presentó su dueño y dezia:

Todos cogen, sino es yo,
Flor y fruto; mas no medra
Labrador que siembra en piedra.

Siguióse don Vela con su barca disfraçada en un monte, y sobre una peña dél, recostada la Virtud en forma de Hércules cercado de gran número de niños, al parecer pigmeos, que procuravan con frágiles y delgadas cañas darle muerte, significando en su inútil persecución la que los ignorantes hazen de ordinario al ingenio y la virtud. Pero el dormido Héroe—como quien entre sueños sacude los importunos mosquitos, que más con ruido que con armas nos inquietan,—de cuando en cuando, bolviendo ya la una mano, ya la otra, los derribava por el suelo. Despertó el autoriçado tribunal, y huyendo los embidiosos émulos, dió la letra, que era deste modo:

Contra el ingenio y virtud
No hay trofeos;
Que ignorantes son pigmeos.

Acometiéronse don Lorenço y el Mantenedor y derribóle éste con no poca dicha del perdidoso, pues die-

ra en el río, y se riyeran dél las damas ofendidas, á no asirse al dorado espolón; que no hay quien cayga si se abraça al Interés. Gozó el precio Lisida y en él unos gallos de rubíes y diamantes por orejeras, como si los huviera menester para despertar voluntad que tantos años havía velado por su ausente.

Salió á vengar á don Lorenço don Nuño. Y hízolo tan bien, que mereció llevar la joya y en ella dos bueltas de cadena, ofrecidas á Narcisa para que tuviesse más prisiones con que executar su rigor en el vitorioso amante. Prevínose de nuevo don Fernando contra don Vela, que, derribándole, imitó en la dicha al compañero, como en el premiar el desdén de Anarda con un estuche rico, caxa de terciopelo açul, los remates de oro, la [h]erramienta inglesa y los cabos de coral y nácar, cuyos estremos eran de esmeraldas, si fué cordura dar armas á quien con las de su hermosura le tratava tal mal.

Cubrióse en esto la líquida palestra de muchas barcas aventureras, que por ser tantas, y cumplir con las de más consideración, havré de ir abreviando.

Fué la primera de don Melchor, cubierta toda de laureles, en medio de los cuales se levantava un monte esmaltado de menuda yerva y matiçadas flores, en cuya cumbre, Apolo, presidiendo entre un coro de diversos Poetas deste tiempo (cuyos nombres callo), estava assentado en un trono ó cátedra, y sobre su cabeça unas letras tan corpulentas que desde lo más distante se permitían leer, y dezian:

Parnaso crítico.

Causó novedad el trage de los nuevos dogmaticantes porque las coronas de la ingrata ninfa no ceñían sus sienes como se acostumbrava, sino sus cinturas. Pudo ser por llamar á los desta facultad, que tan mal se dan á entender por palabras, bachilleres de estómago. Y aunque curiosamente vestidos, havian mudado el uso hasta en el

modo de su adorno, porque traían los baqueros de tela abotonados por las espaldas, las rosetas de las ligas les servian de cuellos y puños, y los puños y cuellos de ligas, las mangas de gregüescos y los gregüescos de mangas, á imitación de su poema. Pues si toda su elegancia consiste en anteponer y posponer vocablos, entretegiendo verbos entre adjetivos y sustantivos—que también tiene Apolo sus pedantes,- del mismo modo les pareció podian critiquiçar sus vestidos posponiendo los unos y anteponiendo los otros. Hasta la misma barca los imitava, porque vogava al rebés, la popa adelante y la proa atrás, con no poca risa de los que entendieron la satírica navegación. Parece que venian los afectados Académicos interpretándose á sí mismos unos con otros, con escandalosa confusión de todos, según lo que declarava un pergamino que rodeava el Parnaso, plaça de su peregrina seta, porque venian en él unas letras:

O somos gallegos,
O no nos entendemos.

Dió la que traía don Melchor, enemigo acérrimo de todo lo que se opone á la claridad y lisura, imitadora de la Naturaleza. Leyéronla y dezia:

Mecene y joylice barbarismos
De los que se no entienden á sí mismos.

Llegó tras ésta la de don Jusepe, y un templo sobre ella derribado, maltratando muchos Filisteos que tenia debaxo, unos heridos y otros muertos. Sansón en medio, asido á las colunas, y sobre su cabeça y espaldas toda la máquina de la assolada ruina, el semblante robusto, naçarenos los cabellos y ensangrentados, hincada una rodilla en tierra y con la otra haziendo fuerça para levantarse con todo el templo á cuestas. Y esta letra en uno de sus pedestales:

Morir matando y no vivir muriendo.